

«Manuel Moyano es un escritor muy sorprendente, original, imaginativo, dotado de una gran capacidad fabuladora.»

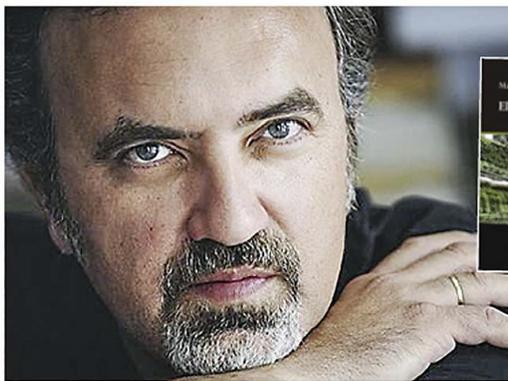
MIGUEL ARTAZA

Pérgola de la Cultura-Bilbao | Junio 2017

## Nuevos viajes extraordinarios

Cada nuevo título de Manuel Moyano confirma la lejana sospecha de que podría llegar a convertirse en nuestro Julio Verne contemporáneo

**E** moción, intriga, espiritualidad y criptozoología... Ya lo hemos dicho en alguna otra ocasión, Manuel Moyano es un escritor muy sorprendente, original, imaginativo, dotado de una gran capacidad fabuladora. Ha merecido galardones prestigiosos, como el Tigre Juan o el Celsius de la Semana Negra de Gijón, y su anterior novela *El imperio de Yegorov* (Anagrama) resultó finalista del Premio Herralde. El terreno en el que parece encontrarse más a gusto está a las afueras, en la periferia de la novela fantástica. Narrativa adscrita a la ciencia ficción, sí, pero que decididamente supera esa clasificación de género. Por ejemplo su novela más reciente, *El abismo verde*, publicada en Menoscuarto, funciona como homenaje a los clásicos de aventuras. Un relato iniciático bastante canónico, entrecerado de un par de elementos fantásticos, que mantiene una aceptable intriga sin caer nunca en lo artificioso o excesivamente sobrenatural, que dosifica con oficio cierto tono si-



Se narra la exploración sin permitir a su vez, de investigar en mayor medida

niestro y que, encima, está protagonizada por un cura.

Como en las buenas historias, el narrador acaba de llegar de un lugar lejano y misterioso donde ha conocido las maravillas y el horror. Un lugar perdido de la selva amazónica explotado por una empresa maderera. Los claros en la selva descubren restos arqueológicos

de civilizaciones pre hispánicas, pero los mesizos, brutales, atrasados y supersticiosos, desaconsejan acercarse a las ruinas. Existe todavía otro misterio, cómo han conseguido mantener su remoto asentamiento durante generaciones teniendo en cuenta la práctica inexistencia de mujeres en la zona.

El esquema es el obvio en esta clase de literatura: protagonista

joven e inexperto todavía instalado en un ambiente relativamente plácido que siente algo así como la llamada de lo salvaje. Acompañado por un extravagante guía emprende un viaje, metafórico, pero

rico en peripecias, dificultades y tentaciones muy reales y tangibles. "Dios somete a pruebas implacables a sus emisarios; por eso terminé apartándome de Él. Durante cierto tiempo, mientras aún ejercía el sacerdocio, fui conocido como el Padrecito, así solían llamarme los habitantes de aquel inmundo pueblo amazónico de Agaré, antes de que su propia insensatez los borrara de la faz de la tierra". Así empieza su relato el innostrado aspirante a héroe, un misionero abrumado por dudas teológicas quien, como cabía esperar, deberá superar sucesivas

pruebas y finalmente enfrentarse a un temible antagonista, una monstruosa criatura, quizá una mutación, vagamente humanoide, que parece presentar similitudes fisiológicas y de comportamiento con un mamífero subterráneo.

A los fans del padre Brown no les chocará la aparente paradoja del sacerdote transmutado en hombre de acción. Chesterton no parece, sin embargo, la principal fuente de inspiración de Manuel Moyano. No es casual que el protagonista, sobriamente caracterizado, mencione entre sus lecturas a H. Rider Haggard y E. R. Burroughs, los creadores de Allan Quatermain y de Tarzán, o que cite el *Corazón de las tinieblas*, de Conrad. De todos ellos parece haber bebido Moyano, y de Lovecraft, Wells e incluso Kipling. Pero su favorito, el espejo en el que se mira, el escritor al que le gustaría parecerse, nació en Nantes en 1828, nos llevó a la Luna antes que nadie y parió al capitán Nemo y Phileas Fogg.

M. A.